

Agatha Christie®

SE
ANUNCIA
UN ASESINATO

Una de las mejores novelas
protagonizadas por la dulce,
intuitiva y perspicaz
MISS MARPLE



AGATHA CHRISTIE

Se anuncia un asesinato

Traducción de Guillermo López Hipkiss


ESPASA

Título original: *A Murder is Announced* Copyright © 1950 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma AC y el icono de MISS MARPLE son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, MISS MARPLE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Usados con permiso.
Ilustraciones de la cubierta © Ed

Agatha Christie®

Traducción de Guillermo López Hipkiss

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-670-5363-0
Depósito legal: B. 18.374-2018
Composición: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Se anuncia un asesinato

I

Todas las mañanas, menos la del domingo, entre las siete y media y ocho y media, Johnnie Butt hacía la ronda del pueblo de Chipping Cleghorn en bicicleta, silbando ruidosamente por entre los dientes.

Se detenía a la puerta de cada casa para meter por el buzón los periódicos que los inquilinos de la misma tuvieran encargados a Mr. Totman, el librero.

Al coronel Easterbrook y a su señora les dejaba *The Times* y el *Daily Graphic*; a Mrs. Swettenham, *The Times* y el *Daily Worker*; a Miss Hinchcliff y Miss Murgatroyd, el *Daily Telegraph* y el *News Chronicle*; a Miss Blacklock, el *Daily Telegraph*, *The Times* y el *Daily Mail*.

Y todos los viernes repartía por las citadas casas y por casi todas las demás en Chipping Cleghorn un ejemplar de *The North Benham News and Chipping Cleghorn Gazette*, más conocida entre los habitantes del pueblo por el simple nombre de «la Gaceta».

De ahí que los viernes, tras echar una rápida mirada a los titulares de la prensa diaria (*¡Crítica situación internacional! ¡La ONU se reúne hoy! ¡Se busca con perros sabuesos al asesino de la mecanógrafa rubia! Tres minas de carbón paradas. Mueren veintitrés personas en un hotel veraniego como consecuencia de haber tomado alimentos en malas condiciones, etc.*),

la mayor parte de los residentes de Chipping Cleghorn abrieran con avidez la Gaceta para enterarse de las noticias locales. Tras echar una ojeada a la sección de cartas de los lectores (en la que los odios apasionados, las enemistades y las rivalidades de la vida rural alcanzaban su máxima expresión y fuerza), las nueve décimas partes de los suscriptores se concentraban en la sección llamada «Personal», que no llamamos «de anuncios clasificados» porque, a decir verdad, la clasificación brillaba por su ausencia. En ella aparecían agrupados, sin orden ni concierto, artículos en venta, objetos que se deseaba adquirir, ofertas y demandas, frenéticas peticiones de servidumbre, innumerables inserciones relacionadas con perros, anuncios referentes a aves de corral y equipos de jardinería, y varias otras notas de gran interés para los que residían en la pequeña comunidad de Chipping Cleghorn.

Aquel viernes, 29 de octubre, no fue una excepción a la regla...

II

Mrs. Swettenham se apartó de la frente sus bonitos rizos grises, desplegó *The Times*, miró con ojos apagados la página central izquierda y decidió que, en caso de que hubiera alguna noticia emocionante, *The Times* había logrado ocultarla de una manera impecable, como de costumbre. A continuación echó un vistazo a «Nacimientos, bodas y defunciones», en particular a estas últimas, y, tras haber cumplido su deber, dejó a un lado *The Times* para asir con avidez la Gaceta de Chipping Cleghorn.

Cuando su hijo Edmund entró en la estancia minutos más tarde, se hallaba ya enfrascada en la lectura de la columna «Personal».

—Buenos días, querido —dijo Mrs. Swettenham—. Los

Smedley quieren vender su Daimler, modelo 1935. Es un poco anticuado ya, ¿verdad?

El hijo emitió un gruñido, se sirvió una taza de café, se puso un par de arenques ahumados en el plato, se sentó a la mesa, desplegó el *Daily Worker* y lo apoyó contra el portatostadas.

—«Cachorros de perro alano» —leyó Mrs. Swettenham en voz alta—. No sé cómo consigue la gente mantener perros grandes hoy en día, la verdad que no... ¡Hum!, Selina Lawrence vuelve a buscar cocinera. ¿Cómo no se dará cuenta de que está tirando el dinero? Es inútil publicar anuncios en estos tiempos. Y, además, no ha puesto señas, sólo el número de un apartado. Eso es completamente absurdo. Se lo hubiera podido decir yo... La servidumbre se empeña en saber dónde va a servir. Le gusta una dirección buena. «Dentaduras postizas»... No concibo cómo pueden ser populares los dientes postizos. Se paga bastante por ellos. «Bulbos magníficos.» Selección propia. Parecen baratos. Aquí hay una chica que busca «empleo interesante. Dispuesta a viajar». ¡Lo creo! ¿Quién no lo estaría...? Dachshunds... Nunca me han gustado los dachshunds.* No porque sean alemanes, claro. Esa fobia ya se nos ha pasado. Simplemente no me gustan. ¿Diga, Miss Finch?

Una mujer ceñuda, tocada con una boina de terciopelo descolorida y vieja, acababa de asomar la cabeza y el busto por la puerta.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿Puedo recoger?

—Aún no. No hemos terminado —contestó Mrs. Swettenham. Y agregó como para congraciarse—: No del todo.

* El dachshund es ese perro de cuerpo largo y patas cortísimas que en España suele llamarse perro inglés, Dios sabe por qué. Es de raza alemana y se llama en Inglaterra por su nombre alemán o «perro alemán». (*N. del T.*)

Mrs. Finch echó una mirada a Edmund y otra al periódico, dio un resoplido de desdén y se retiró.

—No he hecho más que empezar —dijo Edmund en el preciso momento en que su madre murmuraba:

—No sabes cuánto te agradecería que no leyeras ese periódico, Edmund. A Mrs. Finch no le gusta ni pizca.*

—Pero ¿qué tienen que ver mis ideas políticas con Mrs. Finch?

—Bueno —prosiguió la madre—, es como si al leerlo fueras un trabajador. Y después de todo tú no haces nada.

—¡Eso es completamente falso! —exclamó Edmund indignado—. Estoy escribiendo un libro.

—Me refiero a un trabajo *de verdad*. Y Mrs. Finch sí que tiene algo que decir sobre tus ideas. Si nos toma antipatía y se niega a venir, ¿a quién vamos a buscar?

—Puedes poner un anuncio en la Gaceta —contestó Edmund riendo.

—Acabo de decirte que eso es trabajo desperdiciado. ¡Ay, Señor! Hoy en día una está perdida si no cuenta en la familia con un aya dispuesta a meterse en la cocina y a hacerlo todo.

—Bueno, ¿y por qué no tenemos aya? ¿Cómo has podido privarme de los tiernos cuidados de un aya en mi niñez? ¿En qué estabas pensando?

—Tuviste una, querido.

—¡Qué falta de visión y previsión! —dijo Edmund.

Mrs. Swettenham había vuelto a enfrascarse en la lectura de anuncios.

—«Se vende segadora mecánica, de segunda mano, con motor.» ¿Si será...? ¡Cielos! ¡Qué precio! Más dachshunds. «Escribe o comunica. Desesperado Woggles.» ¡Qué diminutivos más estúpidos gasta alguna gente! «Perro de aguas sabueso.» ¿Te acuerdas de la encantadora *Susana*, Ed-

* El *Daily Worker*, que se podría traducir por «trabajador diario», era un periódico comunista. (N. del T.)

mund? Era casi humana. Entendía perfectamente cuando se le hablaba. «Aparador Sheraton en venta. Auténtico mueble antiguo. Lleva años y años en la familia. Mrs. Lucas, Dayas Hall.» ¡Qué embustera es esa mujer! ¡Aparador Sheraton! ¡Qué más quisiera ella!

Mrs. Swettenham dio un resoplido de desdén y continuó leyendo:

—«Todo fue un error, querida. Amor eterno. Viernes como de costumbre. J.» Supongo que se tratará de una riña de novios. O ¿crees tú que será el mensaje en clave de una cuadrilla de ladrones? Más dachshunds. La verdad, yo creo que la gente se ha vuelto loca con tanto criar dachshunds. ¡Qué diablos! ¡Hay otras razas de perros también! Tu tío Simon solía criar perros en busca de la raza de Manchester. ¡Unos perros más elegantes! Y a mí me gustan los perros con patas... «Señora que se marcha al extranjero vendería su traje azul marino de dos piezas.» No da las medidas ni el precio. «Se anuncia un asentimiento...»; no, *un asesinato*. ¿Eh? ¿Cómo? ¡Caramba! ¡Edmund! Edmund, escucha esto... «Se anuncia un asesinato que tendrá lugar el viernes, 29 de octubre, en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten este único aviso.» ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Edmund!

—¿Qué pasa? —Edmund alzó la mirada del periódico—. Viernes, 29 de octubre. Pero ¡si es hoy! Déjame ver. —El hijo se apoderó de la Gaceta.

—Pero ¿qué significa esto? —exclamó Mrs. Swettenham, con curiosidad.

Edmund se frotó la nariz, dubitativo.

—Supongo que se tratará de una reunión o fiesta. El juego de «¿Quién es el asesino?» o algo así.

—¡Oh! —murmuró Mrs. Swettenham—. Se me antoja una manera muy curiosa de hacerlo. ¡Meterlo entre los anuncios así! Muy poco en consonancia con el carácter de Leticia Blacklock, que parece una mujer tan sensata...

—Es muy probable que lo hayan organizado los jóvenes que tiene en casa.

—Se avisa con muy poca antelación. Hoy. ¿Crees tú que se espera que vayamos?

—Dice: «Amigos todos, acepten este único aviso», ¿verdad?

—Bueno, pues a mí estos sistemas modernos de invitar a la gente me parecen absurdos —anunció Mrs. Swettenham.

—No hay necesidad de que vayas si no quieres, mamá.

—No —asintió la mujer. Hubo una pausa—. ¿Quieres, de verdad, la última tostada, Edmund?

—Creo que es importante que me alimente como es debido antes de que esa bruja quite la mesa.

—Chis, querido, te oirá. Edmund, ¿qué sucede en «¿Quién es el asesino?» concretamente?

—No lo sé con exactitud. Le prenden a uno unos brazos de papel o algo así. No; creo que alguien los saca de un sombrero. Y uno hace de víctima y otro de detective. Luego apagan las luces y alguien le toca a uno en el hombro; entonces, uno suelta un alarido, se tumba en el suelo y se hace el muerto.

—Poco emocionante.

—Y, con toda seguridad, resultará aburrido a más no poder. Yo no pienso ir.

—No digas tonterías, Edmund —exclamó Mrs. Swettenham—. Yo voy a ir y tú vas a acompañarme. ¡Eso ya está decidido!

III

—Archie —le dijo Mrs. Easterbrook a su marido—, escucha esto.

El coronel Easterbrook no le hizo el menor caso, porque

la lectura de un artículo de *The Times* le hacía dar resoplidos de impaciencia.

—Lo malo de esta gente —dijo— es que ninguno de ellos sabe una palabra de la India. ¡Ni una miserable palabra!

—Ya lo sé, querido, ya lo sé...

—De saber algo, no escribirían semejante sarta de disparates.

—Sí, ya lo sé, Archie, por favor, escucha: «Se anuncia un asesinato que tendrá lugar el viernes, 29 de octubre», es decir, hoy, «en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten este único aviso».

Hizo una pausa triunfal. El coronel Easterbrook la miró con indulgencia, aunque sin el menor interés.

—El juego de «¿Quién es el asesino?» —afirmó.

—Oh.

—No es más que eso. Claro —agregó, humanizándose un poco— que puede resultar la mar de divertido si se hace bien. Pero es preciso que lo organice alguien que esté al tanto de esas cosas. Se echa a suertes. Uno de los invitados es el asesino, pero nadie sabe quién. Se apagan las luces. El asesino escoge una víctima. La víctima tiene que contar hasta veinte antes de soltar un chillido. La persona a quien le ha tocado ser detective se hace cargo. Interroga a todo el mundo. Dónde estaban, qué hacían..., intenta ponerle la zancadilla al criminal. Sí; es un juego distraído... si el detective, ¡ah!, sabe algo del trabajo policíaco.

—Como tú, Archie. Tuviste que hacer de juez en muchos casos interesantes de tu distrito.

El coronel Easterbrook sonrió y se atusó el bigote.

—Sí, Laura —reconoció—, algo podría enseñarles yo de esas cosas.

Y subió los hombros.

—Miss Blacklock debió pedirte que la ayudaras a organizar esa reunión.

El coronel resopló.

—¡Bah, ya tiene a ese jovenzuelo que pasa una temporada en su casa! Supongo que la idea es suya. Sobrino o no sé qué. Curiosa idea, no obstante. Lo de anunciarlo en el periódico, quiero decir.

—Y en la sección «Personal», por añadidura. Podríamos no haberlo visto. Supongo que sí que es una invitación, ¿eh, Archie?

—Es una invitación bien rara. Te voy a decir algo: que no cuenten conmigo.

—Oh, Archie...

La voz de Mrs. Easterbrook se alzó en un agudo gemido.

—No han avisado con tiempo. ¿Quién les garantizaba a ellos que yo no estaría ocupado?

—Pero no lo estás, ¿verdad, querido? —La esposa bajó la voz, persuasiva—. Y sí que creo, Archie, que deberías ir, aunque no fuese más que para ayudar a la pobre Miss Blacklock. Estoy segura de que cuenta contigo para que la reunión sea un éxito. Con lo mucho que tú sabes de los procedimientos y del trabajo de la policía... Va a ser un verdadero fracaso como no vayas tú a prestar ayuda. Después de todo, tenemos que ser buenos vecinos.

Mrs. Easterbrook ladeó la cabeza, de cabellos rubios teñidos, y abrió sus ojos azules como platos.

—Claro que si te lo tomas así, Laura...

El coronel se atusó nuevamente el canoso bigote con aire de importancia y miró con indulgencia a su mujer. Mrs. Easterbrook tenía cerca de treinta años menos que su esposo.

—Si te lo tomas así, Laura...

—Yo creo de verdad que tu deber es ir, Archie —aseguró Mrs. Easterbrook con solemnidad.

IV

También se había entregado la Gaceta en Boulders, las tres pintorescas casitas convertidas en una y habitadas por Miss Hinchcliff y Miss Murgatroyd.

—¿Hinch?

—¿Qué pasa, Murgatroyd?

—¿Dónde estás?

—En el gallinero.

—¡Oh!

Miss Amy Murgatroyd vadeó la larga y húmeda hierba en dirección a su amiga. Ésta, enfundada en un pantalón de pana y una chaqueta militar de campaña, estaba mezclando puñados de harina con las humeantes pieles de patatas y tronchos de col hervidos que llenaban un barrero.

Volvió la cabeza, de pelo cortado como el de un hombre; su cara estaba curtida por el viento y el sol.

Miss Murgatroyd, obesa y afable, lucía una falda de *tweed* a cuadros y un suéter de brillante azul. Llevaba en desorden el cabello rizado y gris, que tenía cierta semejanza con un nido.

—En la Gaceta —jadeó—. Escucha, ¿qué puede significar? «Se anuncia un asesinato que tendrá lugar el viernes, 29 de octubre, en Little Paddocks, a las seis y media de la tarde. Amigos todos, acepten este único aviso.»

Calló sin aliento al terminar de leer, y aguardó una explicación convincente.

—¡Idiota! —gruñó Miss Hinchcliff.

—Sí, pero ¿qué crees tú que significa?

—Una copa de algo, por lo menos —contestó Miss Hinchcliff.

—¿Crees que es una especie de invitación?

—Ya descubriremos lo que significa cuando llegemos allá. Jerez matarratas, supongo. Más vale que salgas de la

hierba, Murgatroyd. Aún llevas puestas las zapatillas de estar por casa. Las tienes empapadas.

—¡Ay, Señor! —Miss Murgatroyd se contempló con tristeza los pies—. ¿Cuántos huevos hoy?

—Siete. Esa maldita gallina sigue clueca. Tendré que aislarla.

—Es una forma la mar de rara de anunciarlo, ¿verdad? —murmuró Amy Murgatroyd, volviendo al asunto del aviso.

Su voz expresaba cierta nostalgia.

Pero su amiga era más práctica y más dada a concentrarse en una sola cosa a la vez. Lo que le interesaba en aquellos momentos era atender a las recalcitrantes aves de corral, y ningún anuncio del periódico, por enigmático que fuese, podía hacerle desviar su atención.

Atravesó la zona por el barro y se abalanzó sobre una gallina moteada, que cacareó ruidosamente y con indignación.

—A mí que me den patos —dijo Miss Hinchcliff—. Son mucho menos latosos.

V

—¡Uuuh, magnífico! —exclamó Mrs. Harmon mientras desayunaba, mirando por encima de la mesa a su marido, el reverendo Julian Harmon—. Va a cometerse un asesinato en casa de Miss Blacklock.

—¿Un asesinato? —murmuró el marido con cierta sorpresa—. ¿Cuándo?

—Esta tarde al atardecer, por lo menos a las seis y media. Oh, ¡qué mala suerte, querido! ¡Tienes que hacer tus preparativos para la confirmación a esa hora! No hay derecho. ¡Con lo que a ti te gustan los asesinatos!

—La verdad es que no sé de qué estás hablando, Bunch.

Mrs. Harmon, cuyo cuerpo y cara apreciablemente redondeados habían dado lugar a que se la llamara Bunch* en vez de Diana, que era su nombre de pila, le entregó la Gaceta.

—Ahí tienes. Entre los planos de ocasión y los dientes postizos.

—¡Qué anuncio más extraordinario!

—¿Verdad que sí? —musitó Bunch, con fruición—. Nunca se te hubiera ocurrido pensar que a Miss Blacklock pudieran interesarle los asesinatos, los juegos y todo eso, ¿eh? Supongo que los Simmons la inducirían..., aunque yo hubiese creído que a Julia Simmons un asesinato le parecería algo demasiado burdo. Pero ahí está, y no sabes lo que siento que no puedas asistir, querido. Sea como fuere, ya iré yo y te lo contaré después, a pesar de que será un gran esfuerzo para mí, porque en realidad las distracciones en la oscuridad no me gustan. Más bien me asustan, y Dios quiera que no me toque a mí ser la víctima. Si alguien me coloca de pronto la mano en el hombro y me susurra «Está usted muerta», sé que me dará un vuelco tan grande el corazón que a lo mejor me muero de verdad. ¿Crees tú eso probable?

—No, Bunch. Creo que vas a vivir y a llegar a ser una mujer muy muy vieja... conmigo.

—Y moriré el mismo día que tú y seré enterrada en la misma fosa. Sería maravilloso.

El rostro de Bunch se puso radiante al pensar en tan agradable perspectiva.

—Pareces sentirte muy feliz, Bunch —dijo el marido, sonriendo.

—¿Y quién no lo sería en mi lugar? —inquirió Bunch, algo confusa—. Teniéndooos a ti, a Susan y a Edward, y queriéndome todos tanto, sin importaros que sea estúpida... ¡Y brillando el sol! ¡Y esta casa tan hermosa donde vivir!

* *Bunch*, en inglés, significa manojo, racimo y bulto. (N. del T.)

El reverendo Julian Harmon echó una mirada al espacioso y casi desamueblado comedor y asintió, dubitativo.

—A mucha gente le parecería el colmo tener que vivir en una casa tan grande, tan destartada y que deja pasar el aire por tantos sitios.

—Bueno, pues a mí me gustan las habitaciones espacia-sas. Todos los olores agradables del exterior pueden entrar y quedarse dentro. Y una puede ser desordenada y dejar las cosas tiradas por cualquier parte sin que estorben.

—¿Sin calefacción central ni instalaciones modernas que faciliten las tareas domésticas? Representa mucho trabajo para ti, Bunch.

—Oh, no lo creas, Julian. Me levanto a las seis y media, enciendo la caldera y corro de un lado para otro como una locomotora, y a las ocho ya está todo hecho. Y lo conservo todo bien, ¿verdad? Con cera, barniz, brillo y jarrones de hojas. En realidad, cuesta el mismo trabajo tener limpia una casa grande que una pequeña. Una maneja las escobas, los cepillos y los paños mucho mejor y más deprisa porque no anda tropezando por todas partes con la rabadilla cada vez que se inclina, como ocurre en las habitaciones pequeñas. Y me gusta dormir metida en la cama asomando sólo la punta de la nariz para saber qué temperatura hay fuera. Y sea cual fuere el tamaño de la casa en que una viva, se prepara la misma cantidad de patatas y se friega el mismo número de platos y todo eso. ¿Te das cuenta de lo agradable que les resulta a Susan y a Edward disponer de una habitación grande donde jugar, donde poder montar trenes o hacer reuniones de muñecas por todo el suelo sin necesidad de tener que volverlo a recoger todo? Además, es bonito disponer de sitio de sobra, donde poder dejar vivir a otra gente. De lo contrario, Jimmy y Johnny Finch tendrían que vivir con sus padres políticos. Y ¿sabes, Julian? No es agradable vivir con los padres políticos. Quieres mucho a mi madre, pero en realidad no te hubiese gustado te-

ner que empezar la vida de casado con ella y con papá. Y tampoco me habría gustado a mí. Habría seguido sintiéndome una niña.

Julian le sonrió.

—Y aún sigues pareciendo una niña, Bunch.

Era evidente que Julian Harmon había sido el modelo escogido por la naturaleza para los hombres de sesenta años. Sin embargo, aún le faltaban unos veinticinco años para que el propósito de la naturaleza se realizara.

—Ya sé que soy estúpida...

—No eres estúpida, Bunch. Eres muy lista.

—No es verdad. No soy ni pizca intelectual. Aunque sí que intento serlo. Y me gusta escucharte cuando me hablas de libros, y de historia, y de todo esto. Pero creo que quizá no sería buena idea leerme algunos capítulos de Gibbon* por la noche, porque cuando ha soplado un viento frío y se ha estado calentita junto al fuego, Gibbon tiene algo que le hace a una quedarse dormida.

Julian se echó a reír.

—Pero sí que me encanta escucharte, Julian. Cuéntame otra vez el cuento del vicario que predicó un sermón sobre Ahasveros.**

—Te lo sabes ya de memoria, Bunch.

—Cuéntamelo otra vez. Por favor.

El marido la complació.

—Fue el viejo Serymgour. Un día, alguien asomó la cabeza a su iglesia. Estaba en el púlpito, inclinado hacia fuera, largándole con fervor un sermón a las mujeres encargadas de la limpieza. Tenía alzado el brazo. Las amenazaba con el dedo. «¡Ah! —estaba diciendo—. ¡Ya sé lo que estáis

* Autor de *Decadencia y ocaso del Imperio romano*. (N. del T.)

** Según la tradición arábigo-persa, rey persa esposo de Esther. Pero Heródoto Astiages asegura que era simplemente gran visir de Nabucodonosor. (N. del T.)

pensando! Vosotras creéis que el gran Ahasveros de la primera lección era Artajerjes II... Pues ¡no, señor! —Y luego, con voz triunfal—: ¡Era Artajerjes III!»

Al propio Julian Harmon jamás le había parecido demasiado gracioso el cuento, pero nunca dejaba de hacer reír a Bunch.

Soltó una alegre carcajada.

—¡Qué vejete más simpático! —exclamó—. Yo creo que tú serás exactamente igual con el tiempo, Julian.

Éste dio muestras de desasosiego.

—Lo sé —dijo con humildad—. Me doy perfecta cuenta de que no siempre abordo las cosas de la manera más sencilla.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía —dijo Bunch, poniéndose en pie y empezando a amontonar la vajilla en una bandeja—. Me dijo Mrs. Butt ayer que su esposo, que jamás iba a la iglesia y pasaba por ser el ateo del pueblo, acude ahora todos los domingos para oírte predicar.

Y prosiguió imitando bastante bien la voz y el tono ultrarrefinados de Mrs. Butt.

—«Y, por cierto, señora, que Butt le estaba diciendo el otro día a Mr. Timkins de Little Worsdale que aquí en Chipping Cleghorn contábamos con auténtica cultura. No como la de Mr. Goss de Little Worsdale, que le habla a la congregación como si estuviera compuesta de criaturas que no hubiesen recibido educación de ninguna clase. Cultura de verdad, dijo Butt, eso es lo que nosotros tenemos. Nuestro vicario es un caballero de gran cultura. Educado en Oxford, no en Milchested. Y no nos escatima su erudición. Sobre todo en lo referente a los romanos y los griegos. Y a los babilonios y asirios también. Y hasta el gato de la vicaría, dice Butt, lleva el nombre de un rey de Asiria.» Conque, si eso no es gloria —terminó diciendo Bunch, con aire triunfal—, ¡ya me dirás tú lo que es! ¡Cielos! Más vale que me dedique a mis quehaceres o no acabaré nunca. Vamos,

*Tiglath Pileser,** las espinas de los arenques te las vas a comer tú.

Abrió la puerta, la mantuvo hábilmente abierta con el pie y salió con la cargada bandeja, cantando con voz alta y no demasiado armoniosa una versión propia de una canción de caza:

*Hoy es día de matar, en el sitio y lugar,
y los guardias del pueblo no están...*

El ruido de la vajilla al ser depositada en el fregadero ahogó las líneas siguientes. Pero, al abandonar la casa, el reverendo Julian Harmon oyó la triunfante aseveración final:

... conque andando, que hoy toca asesinar.

* En efecto, el nombre del gato es el de un rey asirio. Hubo tres de ese nombre: Tiglath-Pi-leser I, que reinó de 1120 a 1105 antes de J. C. y fue un gran conquistador. El segundo (950-930 antes de J. C.) era contemporáneo de Salomón. El tercero (745-727 antes de J. C.) acabó de subyugar a Babilonia, reconquistó Siria, Media, Caldea, Damasco, Judea y Gaza, y fue el primero en trasladar poblaciones en masa de un extremo del Imperio a otro. (*N. del T.*)